

Insolación

Al sabio le basta con escapar

CÉLINE,

Viaje al fin de la noche

Manuel Pereira

Una noche de septiembre de 1965 Joaquín Iznaga y Fidel Castro coincidieron por casualidad en el soportal del restaurante «El Patio», en la Habana Vieja. A Joaquín le faltaba poco para cumplir diecisiete años y era recluta del Servicio Militar Obligatorio. Pero estaba vestido de civil, porque llevaba más de seis horas escapado de su Unidad Militar.

En el transcurso de la conversación que sostuvieron, el comandante le ofreció al recluta fugado una beca para estudiar pintura en Polonia. Joaquín le dijo que no. Se lo dijo sin pensarlo dos veces, sin siquiera darle las gracias. «¿Por qué coño le habré dicho que no?», se preguntaba media hora más tarde, cuando se quedó solo en la Plaza de la Catedral. A él le gustaba pintar desde niño y sin embargo había dicho que no. De haber dicho que sí, se hubiera ahorrado los dos años y medio de servicio militar obligatorio que le faltaban por cumplir. Y aun así había dicho que no.

Si hubiera aceptado la beca, ¡adiós a las armas, al pesado casco ruso, a la máscara antigás entalcada con su trompa de elefante, a las botas que apestaban a foca siberiana muerta, al sueldo de siete pesos mensuales, a las literas de hierro, a las fumigaciones con DDT dentro de tiendas de campaña!

Aquella era la oportunidad de oro para librarse de las marchas, de las clases de arme y desarme, del cañón chino de 75 milímetros sin retroceso, de las aburridas charlas de instrucción política, de las maniobras tácticas, de los entrenamientos, de las movilizaciones, de los simulacros, de las letrinas desbordadas de mierda, de la excavación de trincheras y emplazamientos artilleros, de una disciplina tan férrea como absurda... pero había dicho que no.

Llevaba medio año soportando las impertinencias de algunos oficiales, más de cinco meses sufriendo la estulticia contagiosa de los «guardias viejos» y aunque con un simple «sí» se los hubiera quitado a todos de encima, dijo que no. ¿Cómo había dejado escapar aquel chance? De golpe y porrazo, ya no hubiera tenido que madrugar con los toques de diana, ni tampoco acostarse tan temprano a la hora de retreta. Si hubiera dicho que sí, se habría evitado las cortes marciales, el conducto reglamentario, la cortesía militar, la tediosa vida en el barracón, las colas frente a las marmitas humeantes, rebosantes de asquerosa pata y panza que le daban ganas de vomitar.

Tan sólo con un «sí» se hubiera librado al instante de los cortes de caña y habría escapado de las guardias, no sólo de las que hacía en las garitas o entre los matorrales —con un fusil FAL en bandolera y una canana repleta de peines, con un impermeable verde cuando llovía—, sino también de las humillantes «guardias imaginarias» que consistían en custodiar una palma («¡que no se mueva esa palma!», gritaba el oficial burlándose), o en vigilar a una hormiga dentro de un círculo trazado en la tierra («¡que no se escape esa hormiga!», gritaba el oficial riéndose). Decir sí a la beca de Polonia significaba librarse de las guardias de cuartelero, trapeando de rodillas el suelo de la barraca, o recogiendo colillas en el polígono... y a pesar de todo eso, había dicho no.

Si hubiera aceptado aquella beca, no tendría que volver a oír nunca más las campanadas de las falsas alarmas de combate, ni la sirena de ataque químico; allá lejos, en Polonia, no tendría que soportar los incesantes reportes de los sargentos, ni que le quitaran el pase, ni los diversos castigos, ni las inspecciones durante el día y las requisas a cualquier hora de la noche, pero había dicho que no. En Varsovia, estudiando artes plásticas, nunca más tendría que andar por ahí pelado al cero; pero había dicho que no.

Estaba harto de la estúpida terminología militar que le obligaba a decir «afirmativo» en lugar de «sí», o «negativo» en vez de «no», y, no obstante, había rechazado la beca que podía redimirlo de eso. Estaba cansado de que le dijeran que «la voz del jefe encarna el mandato de la patria», de que le dijeran «ese fusil que tienes en tus manos es más importante que tu padre, que tu madre, que tu hermana», estaba hasta los mismísimos cojones de tener que pedir permiso para todo: permiso para sentarme, permiso para hacer una necesidad fisiológica, permiso para rascarme, permiso para salir de formación, permiso para retirarme, permiso para fumar... y sin embargo había dicho que no.

Sus tres mejores amigos —presentes durante la entrevista— estaban desconcertados con aquel «no». Acababan de decirle que era un comemierda, y él también estaba a punto de creerlo. Ahora que se había quedado absolutamente solo en la Plaza de la Catedral, Joaquín se devanaba los sesos tratando de averiguar por qué diablos había dicho que no. Pero mientras más se lo preguntaba, menos capaz era de encontrar una respuesta convincente. Entonces llegó a la conclusión de que quizá hubiera que buscar la explicación seis años atrás, a tan sólo trescientos metros de allí. Sí, tenía que remontarse hasta la Nochevieja de 1958, en el Solar del Reverbero.

Impera la fuerza

La primera que se tiró al suelo fue Polenta arrastrando a su nieto Joaquín. Lo agarró por la mano obligándolo a meterse debajo de la mesa. Casi todos los vecinos del Solar del Reverbero despedían el año en el cuarto de Cesárea, no porque la apreciaran mucho, sino porque era la única en toda la cuartería que tenía televisor. El solar era uno de esos palacios coloniales convertidos en casas de vecindad que tanto abundan en la Habana Vieja. Cesárea era una gallega tetona, paisana de Polenta. Treinta y dos años atrás habían llegado juntas a La Habana, en el mismo barco, procedentes de Vigo. Desde entonces eran inseparables, tal vez porque eran las dos únicas «blancas como el coco» en todo el edificio. El resto de los inquilinos eran negros y mestizos: cobrizos de pelo aindiado, mulatas achinadas, blanconazas de piel acanelada, jabados de ojos verdes y pasas rojas, cuarterones, ochavones, trigüeños color cartucho, tercerones medio albinos y, por supuesto, algún que otro «salto-atrás», esa variante étnica tan temida por quienes en materia de pigmentación no querían «atrasar», sino «adelantar».

Había un montón de gente apiñada en el cuarto de Cesárea, pero eran más los que permanecían arracimados en su puerta, y muchos más aún los que se asomaban a la ventana que daba a la cocina, encaramándose en las sillas o en las cajas de cervezas vacías que habían arrastrado hasta el pasillo, porque aquella noche tan especial iba a cantar Joselito. Para despedir el año, la televisión había anunciado una gala con «la Voz de Oro de España», y todos querían oír al niño prodigio llegado de la Madre Patria.

Cesárea tendría su televisor de segunda mano, pero Polenta no se quedaba atrás, pues era la feliz propietaria del único refrigerador de la cuartería. Ella hablaba de su «frigorifera General Eléctrico» como quien se refiere a un blasón. Sin embargo, por muy blancas que fueran, ninguna de las dos gallegas tenía baño privado. Ni ellas, ni nadie allí, ni en ningún otro solar de la barriada, disponía de semejante lujo. Las duchas, los inodoros y los fregaderos de las cuarterías siempre eran colectivos y, por lo general, estaban instalados en el patio o al final de algún pasillo.

Sentado entre su madre Numancia y su abuela Polenta, Joaquín Iznaga mordisqueaba una tableta de turrón. Detrás estaba la concurrencia, unos sentados, otros de pie. En el cuarto de Cesárea no cabía un alfiler. Era un cuartucho, al igual que todas las habitaciones de aquella casa solariega donde todos vivían hacinados como sardinas en lata. Algunos brindaban por el año nuevo alzando copas de sidra, pero sin dejar de mirar a la pantalla gris. Afuera, en un recodo del corredor, estaba el fogón de carbón con tres hornillas de Cesárea. De la pared colgaban sus cacharros de cocina como una panoplia de armas tiznadas. Allí también había vecinos estirando los cuellos, dándose codazos y empujones, ansiosos por ver aunque fuera de lejos un trocito de televisión.

Numancia Alcántara era sorda, así que ocupaba un sitio de honor. La madre de Joaquín estaba en primera fila, frente al aparato, tan cerca que prácticamente tenía la nariz pegada a la pantalla. Por todas partes se oían carcajadas,

tamboreos, rumbantelas, parrandeos, bailoteos, cantaderas; había niños correteando de un cuarto a otro, por los pasillos, por la azotea, por el patio central; entraban y salían como ráfagas por el gran portalón que daba a la calle; subían y bajaban raudamente por la escalera principal señoreada por dos arcos de mediodiámetro con sendos vitrales. A pesar de estar apedreadas, esas vidrieras de colores decoradas con geometrizados motivos vegetales derramaban sus irisaciones sobre las baldosas gastadas de la escalera cuando el sol les daba de lleno.

Pero ahora era de noche y el diminuto balcón de Cesárea estaba tapado con una cortina deshilachada para que no entrara el friecito del diciembre habanero. «¡Ñooooo, caballero, ahora sí que está chiflando el mono!», exclamó alguien en el pasillo. Entonces apareció Joselito y empezó a cantar con voz aguda, como de falsete. Pero apenas lo dejaron gorjear, porque enseguida surgió un locutor que lo sacó del escenario casi de un empujón. Le quitó el micrófono al niño y empezó a gritar cosas inconexas de cara a la cámara.

En ese momento se fue la luz, no sólo en el cuarto de Cesárea, no sólo en aquel solar, sino en todo el vecindario. Inmediatamente se escucharon las primeras detonaciones: unas más lejanas, otras más cercanas. Joaquín tenía diez años y no sabía muy bien si lo que oía eran disparos, fuegos artificiales o las ristas de cohetes, siquitruques chinos y petardos que él y sus amigos ponían en las aceras o debajo de los automóviles cuando se acercaba el Día de Reyes. Su abuela lo cogió de la mano y lo obligó a meterse con ella debajo de la mesa.

Desde su trono pestilente, aureolado de moscas, el Capitán Abelardo gritó: «¡A degüello, carajo!». Sentado en un sillón de limpiabotas, borracho como siempre, aferraba en una mano la botella de Palmita mientras en la otra empuñaba su oxidado machete de mambí. Hoy quizá estaba un poco más bebido que de costumbre, por ser una fecha tan señalada.

El Capitán Abelardo era un veterano de la Guerra de Independencia contra España. Pero desde que Joaquín tenía uso de razón siempre estaba despotricando de Batista, porque el gobierno nunca le pagaba la pensión. Su enemigo ya no eran los españoles, sino el Presidente de la República. Jamás se quitaba la indumentaria mambí, ni el jipijapa desflecado con la ajada escarapela tricolor, ni la guayabera empercudida de la que colgaban un par de medallas. A pesar de sus canas, el mulato todavía conservaba algo de su desvanecida corpulencia. No ostentaba grados militares visibles aunque todos le llamaban «Capitán». Vivía con su mujer a dos puertas de Cesárea, en un cuartico sin balcón a la calle. Pero Luisa nunca lo dejaba entrar a dormir con ella, así que por las noches ella cerraba la puerta dejándolo fuera, en el rellano de la escalera donde estaba el viejo sillón cubierto de mantas pestilentes que era su trono. «¡Luisa, ábreme la puerta, carajoooooooo!», se oía cada noche en todo el solar.

En cuanto sonaron los disparos, Abelardo empezó a vociferar su rima favorita: «¡Batista, negro bembón, págame la pensión!». Ya por la tarde había aullado ese pareado compitiendo con la estrepitosa rumba de los que bailaban en el patio. Siempre gritaba lo mismo a los cuatro vientos. En más de una ocasión los vecinos habían tenido que detenerlo en medio de la Loma del

Ángel para impedir que llegara hasta las puertas de hierro del mismísimo Palacio Presidencial, con el machete desenvainado y los pantalones meados.

El Presidente de la República vivía a tan sólo dos cuadras del Solar del Reverbero. Su suntuoso palacio estaba nada más rebasar la Loma del Ángel. A Joaquín le extrañaba que siendo Batista millonario —el hombre más poderoso de la Isla, siempre trajeado de blanco—, viviera tan cerca de los solares de los mataperros, donde malvivían los negritos maleantes y los blanquitos churrupeiros como él.

«¡Batista, remaricón, págame la pensión!», se desgalillaba el veterano poco antes del tiroteo. Algunos lo habían mandado a callar. «¡Cállate, comemierda, mira que te van a meter preso!». Pero los policías del barrio ya lo conocían. Sabían que siempre estaba insultando a Batista y como no era más que un veterano borracho, se echaban a reír y no le hacían nada.

«¡Batista, negro cabrón!», gritaba ahora en medio de la balacera mientras su cotorra aleteaba graznando: «negroooo cabroooón». La mascota desplumada del capitán Abelardo siempre estaba subiendo y bajando por el pasamanos de la escalera, cagándolo de arriba a abajo. Eso era lo único que se oía ahora, porque en cuanto se fue la luz también se callaron los tambores.

Desde el día de Nochebuena los cueros no habían dejado de sonar en el patio, donde también habían estado matando cochinos desde primeras horas de la mañana. A Joaquín no le gustaba aquella hecatombe de cerdos. Le angustiaba oír sus chillidos tan penetrantes como los cuchillos que clavaban en sus gargantas. Le desagradaba ver correr la sangre por el patio, como un riachuelo, hasta el desagüe. Todo el suelo allá abajo se cubría de una nata de pelitos negros cuando afeitaban a los puercos con un machete después de meterlos en agua hirviente. Un vaporoso olor a pelo chamuscado ascendía al cielo a través del ojo de patio.

De pronto, Abelardo también se calló. Ahora sólo se oía la voz de Numancia. «¿Dónde está Joselito? ¿Quién apagó la luz?». Era la única que seguía sentada frente el televisor, completamente a oscuras. Todos los demás andaban gateando, arrastrándose con los codos por el suelo o habían salido corriendo como almas que se lleva el diablo.

La madre de Joaquín era modista. «Modista de alta costura», como le gustaba precisar. Solía quedarse tan embelesada ante las puntadas que daba su máquina *Singer*, como ante cualquier imagen en movimiento, ya fuera en el cine o en la televisión. Debido a su sordera, Numancia seguía en Babia, ensimismada frente a la pantalla apagada.

—Pobrecita —musitó Polenta contemplándola desde debajo de la mesa.

En el cuarto de Cesárea estaban todos los seres queridos de Joaquín, incluyendo a su perro Titán. Todos menos Coliseo Iznaga. Su padre era *persona non grata* en el solar de Polenta. Tampoco era bienvenido en la cuartería de enfrente, donde vivía su esposa con su hijo Joaquín. Polenta no podía verlo ni en pintura. Decía que Coliseo era un «guajiro bruto», «un burro», «un acémila»..., improprios que de vez en cuando repetía su hija Numancia sin mucha convicción.

Joaquín se acordaba ahora de su padre ausente porque los negros de los bajos llevaban varios días dedicados a las «matanzas». Aquellas «matanzas» le recordaban el nombre de la provincia Matanzas, donde había nacido Coliseo en un bohío de guano con piso de tierra, en un pueblito que oficialmente se llamaba Jovellanos, pero al que todos llamaban «Bemba», porque —según le contaba su padre— a ese pueblo le decían así porque allí había muchos negros. «Yo era uno de los pocos blancos nacido y criado allí», explicaba Coliseo.

«¡La matanza, ya empieza la matanza!», exclamaba Polenta con fruición cuando llegaban las Navidades y los vecinos se reunían en el patio de abajo para matar cochinos, tocando tumbadoras y bailando frenéticamente alrededor de los animales amarrados. Enseguida ella bajaba, no para bailar con los negros, sino para «hacer bailar la sangre».

Su nieto la veía desde arriba, asomado a la balastrada de hierro del primer piso. Ella bajaba al patio empuñando una sartén. Se agachaba a horcajadas sobre el arroyo escarlata para recoger la sangre del lechón recién degollado. Luego subía eufórica por la escalera, sin dejar de mover la sartén, haciendo bailar la sangre todavía caliente para que no cuajara. Entraba volando en la cocina y empezaba a batirla con huevos y harina para luego freír esos coágulos echándoles puñados de azúcar prieta. Así hacía sus famosas «filloas», el postre gallego por excelencia en las fiestas de fin de año. El humo sanguinolento que salía por la ventanita de la cocina de Polenta era como un sacrificio a los dioses en medio del tamboreo, los cantos, las danzas y el chillido de los puercos.

A pesar del tiroteo, debajo de la mesa, Polenta seguía partiendo nueces y avellanas. A falta de cascanueces, usaba un exprimelimonos y un martillo. Toda esa ferretería portátil la llevaba en el gran bolsillo de su delantal, como un marsupial. El locutor que había aparecido en pantalla sacando de escena al niño prodigio había anunciado eufóricamente que Batista acababa de abandonar el país: «¡Pueblo de Cuba, el dictador se ha dado a la fuga y el ejército rebelde avanza victorioso desde Oriente hacia la capital!...».

Después de ese anuncio, un silencio sepulcral se había adueñado del solar extendiéndose por la barriada. Después se fue la luz, y luego sonó un tiro, después otro, y se armó tremenda balacera. Todo ocurrió tan de sopetón que al principio Joaquín creyó que los vecinos estaban lanzando cubos de agua por los balcones cumpliendo así con una larga tradición habanera para despedir el año. Pero pronto comprendió que esta vez no eran cubazos de agua, ni fuegos artificiales, ni petardos ni cohetes chinos... Más bien parecía que de nuevo estuvieran asaltando el Palacio Presidencial, como ya había ocurrido hacía un par de años. Entonces volvió a acordarse de Coliseo, porque cada vez que en el vecindario había un golpe de Estado, ambiente de guerra o alguna trifulca, su padre enseguida venía a buscarlo para sacarlo a la calle e impartirle una lección de historia sobre el terreno.

Dos años atrás, un 13 de marzo, Joaquín estaba en el aula de cuarto grado de un colegio situado a los pies de la Loma del Ángel. La escuela era privada. Al menos durante un curso, Coliseo y Numancia se habían permitido el lujo de sacar a su hijo de la escuela pública para matricularlo en aquel plantel.

Serían las tres y pico de la tarde, el calor hacía aún más soporífera la clase de «Moral y Cívica» que daba la maestra cuando, de pronto, en la calle empezó otra clase de moral y cívica bien distinta. Primero se oyó una ráfaga y enseguida se generalizó la balacera. La profesora se metió debajo de la mesa. Todos los alumnos la imitaron, tirándose al suelo, entre los pupitres.

En la primera fila un niño empezó a cagarse en los pantalones. Desde donde estaba agachado, Joaquín podía oler la peste mezclada con un tufillo a pólvora quemada. Los disparos retumbaban en la ventana del aula que daba a la calle. En eso llegó Polenta, alarmada, seguida de Socorro, la hermanastra de Joaquín.

Aquella maestra de Moral y Cívica tenía una manera muy particular de impartir sus clases de ética. Cuando Joaquín cometía cualquier travesura, le encantaba cogerlo por la oreja y sacarlo del aula así —jalándolo por la guataca— hasta el excusado sin bombillo del patio donde lo encerraba, pasando el pestillo por fuera.

Joaquín casi siempre llegaba a almorzar a casa de su abuela con las orejas coloradas como tomates. Coincidió que por aquellos días sufría unos dolores de oído tan rabiosos, que se daba cabezazos contra las paredes. Polenta pensó que se estaba quedando sordo. Ya era bastante desgracia tener una hija que no oía bien para soportar también el estigma de un nieto duro de oído. Le preguntó por qué siempre venía del colegio con las orejas tan enrojecidas, pero su nieto se negaba a hablar. Él no era un chivato. Por fin ella consiguió sacarle la verdad. Entonces se encabronó, cogió una escoba, fue al colegio y arremetió a escobazos contra la maestra de Moral y Cívica.

Así que cuando la profesora vio aparecer a la gallega en la puerta del aula, no dijo ni pío y dejó que se llevaran a Joaquín bajo las balas. Frente al colegio, rodilla en tierra, había un policía de Batista apuntando con una Thompson humeante hacia la Loma. Los disparos resonaban en la barriga de Joaquín como si su estómago fuera una caja de resonancia. En la esquina se separaron, Polenta entró en el Solar del Reverbero mientras Socorro siguió corriendo con su hermano hasta el solar de enfrente. Era una de esas tantas tardes en que Numancia no estaba en casa porque andaba probándole un vestido a alguna clienta por ahí. Aunque ya no vivía con ellos, la hermana mayor de Joaquín se había quedado cuidando de él.

Nada más llegar al cuarto, Joaquín sacó del escaparate sus revólveres de cowboy y su ametralladora Thompson de plástico, que echaba chispas por el cañón. Desplegó en el suelo sus soldaditos de plástico, sus indios empenachados, sus vaqueros. Improvisó una trinchera con almohadas, detrás de la cual se parapetó para jugar a la guerra, mientras oía las ráfagas de fuego real sonando allí mismo, a menos de trescientos metros de su casa.

Los disparos ya habían cesado, pero Joaquín seguía tendido en el suelo empuñando un revólver cuando de pronto se quedó más quieto que un muerto. Se oyó ruido de pasos precipitados en el patio. De repente apareció una pareja de soldados sudorosos. Venían registrando todos los cuartos. Dando zancadas pasaron por encima de su parapeto de almohadas. Estaban muy nerviosos. Casi tan asustados como Joaquín y Socorro. Una bota aplastó a un

indio siux que enarbolaba un hacha mientras otra bota con polaina color caca de mono pateó a un *cowboy* que arrojaba un lazo.

En ese momento llegó Numancia, un poco sofocada. Como de costumbre, no entendía nada de lo que estaba pasando. Sólo se preocupó cuando vio a los soldados registrando su escaparate, que según ella era de estilo rococó. Numancia le llamaba «mi Luis Quince». Para ella aquel mueble era su fetiche, era lo mismo que para Cesárea su televisor y para Polenta su refrigerador.

En cada una de las tres puertas del escaparate había una luna de cuerpo entero. Los espejos multiplicaban a los soldados haciendo que fueran seis. Numancia veía horrorizada sus uniformes de color caqui sudados con manchas oscuras como lamparones de alquitrán. Las cananas, los cascos y los Garands contrastaban con la ondulante moldura de inspiración vegetal que coronaba el armario. La profusión de volutas, hojas de acanto y guirnaldas que desfilaban en la cornisa de madera no tenía nada que ver con aquellos soldados que olían a grajo.

Evidentemente buscaban a alguno de los asaltantes del Palacio. Pero en aquel cuartucho no había mucho que registrar. Era un cuatro por cuatro, como todas las habitaciones de la cuartería. Todo estaba a la vista. No había teléfono, ni televisor, ni baño, ni clóset, ni lavamanos, ni ventilador, ni refrigerador, ni siquiera había cocina. Sólo cuatro paredes, un techo de puntal alto con vigas de madera, todo del tiempo de España. Allí sólo había una cama camera y la *Singer* en la que Numancia pasaba horas y horas pedaleando.

Aparte de eso, sólo había otro mueble digno de mención, el pim-pam-pum de Joaquín que de día permanecía doblado y oculto detrás del enorme Luis XV. Era un catre plegable que el niño sólo usaba cuando su padre pernoctaba en casa —lo cual ocurría de Pascuas a San Juan—. Por lo general, Joaquín dormía en la cama con Numancia. Pero en los breves períodos de reconciliación conyugal, cuando Coliseo reaparecía, el niño se iba a dormir en aquella colombina que tenía que cerrar cada mañana, recogéndola en los tres movimientos que exigía su articulación: ¡pim-pam-pum! Cuando el catre estaba reducido a su mínima expresión, lo metía detrás del escaparate rococó, para hacer sitio en la diminuta habitación. Por la noche, antes de acostarse, tenía que desplegarlo de nuevo: ¡pim pam pum!

A la salida del cuarto estaba el traspatio del solar donde chorreaban los «Jardines Colgantes de Babilonia», como los había bautizado Numancia cuando tapizó sus paredes con multitud de plantas ornamentales. En esos «Jardines» había una mesita destartalada, un colador de café y un reverbero de alcohol. Supuestamente era «la cocina», aunque allí lo único que Numancia hacía era café con leche.

En medio de los Jardines Colgantes de Babilonia crecía una escalera de caracol que conducía al piso de arriba. Se desenroscaba como una planta más, una monstruosa trepadora herrumbrosa. Las enredaderas caían en cascadas por las paredes, entrelazándose como trenzas hasta confundirse con los herrajes ornamentales de la escalera de hierro. Numancia plantaba principalmente malangas, a las que Polenta —más castizamente— llamaba «potos». Las

sembraba en latas de aceite y en latas de avena Quaker. Las primeras ya venían rojas de fábrica y las segundas ella las pintaba del mismo color buscando la vibración óptica que suele producirse entre el rojo y el verde. Le gustaba contemplar el contraste tembloroso que suscitan estos colores complementarios, como si copularan entre sí. Todo aquel laterío con sus estremecimientos cromáticos colgaba de clavos oxidados a lo largo y ancho de las tres paredes del traspatio señoreado por la espiral de peldaños ruginosos y quejumbrosos que subía hasta los cuartos de arriba donde estaba la azotea.

Cuando los soldados se cansaron de registrar entre los vestidos que colgaban dentro del escaparate, salieron del cuarto no sin antes echar un vistazo debajo de la cama. Subieron corriendo por la escalera de caracol y desaparecieron en las alturas. Entonces apareció el padre de Joaquín con su filipina blanca y la pajarita negra. Tenía un palillo de dientes en la boca.

Como de costumbre, Numancia y él estaban separados. A veces se reconciliaban, pero eso duraba poco y volvían a enemistarse. Se llevaban peor que el gato y el perro. «Incompatibilidad de caracteres», como decía Numancia poniendo cara de jurisperito.

Por aquel entonces Coliseo trabajaba de camarero en el «Bar Palacio», llamado así porque quedaba a dos pasos del Palacio Presidencial que acababa de ser atacado por un puñado de estudiantes universitarios. Allí lo sorprendió la balacera, y cuando vio que todo había acabado, enseguida fue corriendo a buscar a su hijo. Quería llevarlo a pasear por el escenario del combate. Lógicamente, eso le costó una tángana con Numancia, pero al final consiguió sacarlo a la calle. Le enseñó a su hijo una tanqueta apostada en una de las esquinas del Palacio, pasaron cerca del camión rojo de una tintorería que se anunciaba en inglés «*Fast delivery*», se asomaron a la fuente siempre seca del Parque Zayas donde vieron un charco de sangre. Allí había una flaca agachada. La mujer empapó un pañuelo en la sangre, lo guardó como si fuera un exvoto, de un salto salió de la fuente ovalada y se alejó corriendo. Joaquín se acordó de Polenta agachada con su sartén ante el río de sangre de los cochinos muertos.

Algunos mataperros amigos de Joaquín también andaban por allí recogiendo casquillos de balas, o mirando curiosos los rastros de sangre que había el Parque de las Misiones. Coliseo y su hijo también recogieron algunos casquillos todavía tibios. Más tarde los niños del barrio intercambiaban esos casquillos como si fueran postalitas o trofeos de guerra. A cambio de cuatro casquillos de Colt 45, Joaquín llegó a conseguir uno de ametralladora del calibre 50. Si el casquillo todavía olía a pólvora quemada, su valor se disparaba.

Joaquín no sabía que los asaltantes del Palacio Presidencial querían matar a aquel Batista que era su vecino más famoso. Su padre le explicó algo, pero él seguía sin entender. No era la primera vez que Coliseo sacaba a su hijo a la calle en momentos de peligro para que viera desfilar el turbulento río de la historia. En el álbum que Numancia guardaba como si fuera un tesoro, había una foto en particular que a él siempre le llamaba la atención. Estaba fechada en marzo de 1952, cuando Batista dio el golpe de Estado.

Aquel día Evangelina estaba cantando en el patio del solar. Evangelina era la vecina más cercana de Joaquín, una negra tan vieja que ya tenía los ojos azules. Fumaba tabaco, andaba en chancletas y siempre llevaba varios collares de santería. Aquel día estaba muy feliz. Se encaramó en el muro del fregadero y delante de todos los vecinos empezó a cantar: «Amalia Batista, Amalia Mayombe, ¿qué tiene esa negra, que amarra a los hombres?». Sin embargo, Joaquín no lograba precisar del todo aquel recuerdo porque sólo tenía cuatro años. En realidad no sabía si su vecina había cantado aquella canción de moda o si simplemente gritaba: «¡Amar a Batista!».

Fuera de eso, Joaquín no recordaba nada de aquel día, pero allí estaba la foto en la que él aparecía sentado en uno de los bancos de piedra del Parque del Ayuntamiento. Estaba disfrazado de cowboy, con pantalones de tirantes, tenis y su revólver de fulminantes. Detrás de él había un marinero empuñando un fusil con la bayoneta calada. Vestido de blanco, con polainas y canana verde, el hecho de que aquel marino custodiara con arma larga la puerta de entrada del Tribunal Supremo revelaba que se vivía un ambiente golpista. Vigilante, desconfiado, miraba fijamente al niño y al fotógrafo, que era Coliseo. En el reverso de la foto, su padre había dejado estas faltas de ortografía:

*«Marso de 1952. La Habana y toda Cuba esta bajo la dictadura militar.
Impera la fuersa».*

Así que ya él estaba acostumbrado a los tiros, a las tanquetas y a los movimientos de tropas desde que tenía cuatro años, y ahora que tenía diez, debajo de la mesa de Cesárea, parecía que tenía que seguir acostumbrándose. En 1952 su vecino más famoso había entrado por la *fuersa* en aquel Palacio. Un Palacio del que habían tratado de desalojarlo, también por la *fuersa*, el 13 de marzo de 1956. Un Palacio del que ahora —la noche del 31 de diciembre de 1958— parecía que de nuevo iban a sacarlo, también por la *fuersa*.

Debajo de la mesa de Cesárea todo era confusión. ¿Estarían atacando la jefatura de policía que estaba en la esquina, o el Palacio Presidencial que estaba a unos doscientos metros de allí? En realidad, el tiroteo podía estar teniendo lugar en varios escenarios a la vez, todos en las inmediaciones de la calle Cuarteles donde se alzaba el Solar del Reverbero. Quizás la calle se llamaba así precisamente por estar rodeada de fortificaciones que la ceñían como un anillo de benceno: la fortaleza del Morro, la de la Cabaña, el Castillo de la Punta, el de la Fuerza, el Palacio Presidencial y la estación de policía de la esquina.

Ahora se oían sirenas a lo lejos: ¿perseguidoras, carros de bomberos o ambulancias? Un tableteo de ametralladora agujereó el aire, como si alguien en el cielo hubiera sacudido una caja de dominó. Polenta alargó un brazo para agarrar a su hija por el codo y arrastrarla hacia debajo de la mesa. La sorda seguía clavada frente al televisor, en la Luna de Valencia. Su hijo hizo el intento de salir gateando para ir a buscarla, pero Polenta le metió un cocotazo: «¡agáchate, puñetas!».

Joaquín conocía de memoria ese coscorrón y esa orden perentoria. De pequeño, ella lo llevaba al Cine Actualidades, pero sea porque eran películas prohibidas para menores, sea porque se negaba a pagar la entrada de su nieto, lo cierto es que siempre lo colaba. Polenta lo iba adoctrinando por el camino, le decía que tenía que agacharse antes de llegar a la taquilla y pasar así, encorvado, por debajo de la ventanilla, para que la taquillera no lo viera.

El niño se resistía un poco, le daba vergüenza entrar en el cine a hurtadillas, como un ladrón. Su abuela nunca entraba por la puerta principal, sino por una pequeña taquilla anexa, donde se sacaban las entradas para el piso de arriba. ¿Por qué su abuela sería tan tacaña? Ya que lo llevaba al gallinero, ¿por qué no pagaba el ticket si era más barato? Pero qué va, al llegar a la taquilla, le daba un coscorrón en la cabeza: «¡agáchate, puñetas!». Gracias a esos cocotazos había visto películas de terror, prohibidas para su edad, como *El monstruo de la Laguna Negra* o *La tarántula...* y luego no podía dormir durante noches enteras.

Pero un terror mucho más verídico se adueñó de todos cuando en la calle sonó un zimbombazo que estremeció los cimientos del Solar del Reverbero haciendo que de las vigas de madera cayeran más piedrecitas que de costumbre. Polenta cogió a su hija por el codo y empezó a forcejear con ella para atraerla hasta su refugio. Pero Numancia era tan sorda de cañón, que ni siquiera oía el Cañonazo de las Nueve a pesar de vivir frente a la fortaleza de la Cabaña, desde donde hacía más de un siglo disparaban esa salva ceremonial cada noche, como si fuera un regaño, una advertencia, o un exabrupto nacional.

Imperturbable, frente a la pantalla apagada, seguía esperando a que reapareciera Joselito. «¡Quita, chica, quita!», protestó la modista dándole manotazos a su madre para que la soltara. Sólo tras mucho tirar de su saya, Polenta consiguió sacarla de su embeleso de esfinge. Numancia se bajó de la silla y se arrodilló. Pero como todo estaba a oscuras, gateó tropezando con las sillas yendo a parar a los pies de la cama de Cesárea que ocupaba un tercio de aquel cuchitril.

Alguien encendió un quinqué. Y Joaquín vio a su madre retrocediendo a gatas hacia el pasillo donde estaba la improvisada cocina de Cesárea. De todos modos, a él no le hacía falta la luz de la lámpara para saber por dónde andaba extraviada Numancia. Lo sabía porque ella llevaba el Partagás encendido en la mano. Numancia siempre tenía un cigarrito entre los dedos. Cuando él era más pequeño creía que las uñas de su madre echaban humo o se estaban quemando. Ella sólo dejaba de fumar en la vía pública, porque «las mujeres decentes no fuman en la calle».

El cigarrito Partagás era un peligro, sobre todo cuando ella se quedaba arrobada, mirando a un punto enigmático e indescifrable situado más allá del espacio. Podía permanecer ensimismada durante minutos, envuelta en las volutas de humo, con la mano en alto, sosteniendo el cigarro como si fuera un lápiz o un pitillo de plata, en una pose a lo Cocó Chanel. «¡Una tonga de gusto con Partagás! ¡Partagás, el cigarro que gusta más!», reiteraba un anuncio radial cada dos por tres, y aunque no podía oírlo, su Partagás iba consumiéndose lentamente mientras ella seguía mirando a las musarañas, como una artista en un rapto de inspiración. Y así era como lo quemaba todo: desde

rollos de tela hasta la madera del tablero de la máquina de coser, pasando por sus blusas o a su propio hijo, quien todavía conservaba cicatrices de quemaduras en brazos, codos, muñecas y manos.

A la luz del quinqué, Joaquín pudo ver a su madre remangándose la saya hasta los muslos para gatear mejor. Había otros bultos moviéndose a su alrededor. Otros vecinos atrapados en medio del apagón. Quinqué en mano, doña Cesárea no dejaba de repetir: «¿por qué me han cortado la luz si he pagado hasta el último recibo?». Empezó a registrar las gavetas de su escaparate. «¿Dónde habré puesto el puñetero recibo?», refunfuñaba sacando cosas y tirándolas hacia atrás, como una gallina escarbando. Por el aire volaban blumers, pañuelos, enaguas, sayuelas, corpiños, escarpines, medias de nylon... Un ajustador blanco fue a caer en la cabeza de Numancia que ahora parecía llevar una cofia holandesa con blondas. Polenta le alargó a su nieto un pedazo de turrón:

—¡Come, Joaquiniño, come! ¡Mira que el mundo se va a acabar! —y de un martillazo rompió una nuez. Su abuela era una comilona. Más aún en tiempo de guerra. En tiempo de paz, cada vez que terminaba de almorzar o de cenar, daba un puñetazo en la mesa exclamando: «¡Comí yo: comió el mundo!».

Afuera tan pronto se hacía el silencio como se reanudaba el tiroteo. Los pocos vecinos que todavía quedaban desperdigados en el suelo se levantaron sigilosamente para luego salir del cuarto echando un pie. Entre tantas piernas y patas de muebles, Joaquín vio a Numancia venir a gachas hacia la mesa. Ahora que por primera vez la veía gateando con aquellos ojos tan grises, le pareció que había algo felino en la expresión de su madre. A lo mejor esa afinidad se debía a que tenía el labio partido, como los gatos o los conejos.

—¿Se puede saber a qué viene todo este fandango? —preguntó Numancia extrañada, como si todo no fuera más que una broma. Hizo una mueca de asco y se quitó algo viscoso que se le había pegado a la cara. Era una de las muchas telarañas que tapizaban por debajo la mesa de Cesárea.

Joaquín se puso de lo más contento al verla llegar. Debajo de la mesa, a oscuras, en cuatro patas, estaban sus seres más queridos: su abuela, su madre y su perro, pero faltaba Coliseo, aquel eterno desterrado del hogar dulce hogar. Sólo faltaban seis días para que llegaran los Reyes Magos y ya había escrito su carta. La tenía escondida para que su madre no la leyera. En el sobre ponía «Polo Norte». El día cinco metería la carta dentro de los zapatos que dejaría afuera, en los «Jardines Colgantes de Babilonia».

Cansado de pedir en vano juguetes que nunca le traían —una armadura medieval de plástico dorado, un tren amarillo muy largo—, en su última carta ya no pedía nada de eso, sólo pedía una cosa: que sus padres volvieran a vivir juntos, junto a él. Muy pocas veces los había visto unidos. Ni siquiera en el álbum de fotos aparecían juntos. Siempre aparecía él con su mamá por aquí, él con su papá por acá. Y si por casualidad en alguna instantánea aparecían los tres unidos, en cuanto tenían una bronca la tijera de Numancia se encargaba de recortar diestramente la imagen de Coliseo, de quien a veces quedaba una mano encima del hombro de ella, o bien un trozo de rodilla asomado en la esquina de la fotografía. Coliseo mutilado por la tijera de su esposa...

Numancia estrechó a Joaquín contra su pecho y le dio un beso de liebre, un beso de gata. El niño vio acercarse aquella nariz deformada por la cicatriz que le partía en dos el labio: un costurón chapucero que le había infligido en La Coruña un cirujano que más bien parecía zapatero remendón. Aquel zurcido protuberante salía de un orificio nasal cruzándole el labio superior como la costura de una pelota de béisbol. Paradójicamente, la sutura resultó profética, pues aquella niña a la que cosieron tan mal se iba a dedicar el resto de su vida a coser bien, como si su destino consistiera en corregir toda puntada mal dada para así resarcirse de aquel estropicio que habían perpetrado en su boca.

Numancia siempre estaba hablando con sus clientas de pespuntos, bolsillos de plastón, mangas ranglán, dobladillos, plisados, hilvanes, pinzas... En cierta forma, era como si su labio leporino fuera la prefiguración de todo aquel vocabulario textil, como si tuviera la boca plisada, pespunteada, rematada con un zíper vertical. Cada vez que ella lo besaba, su hijo se preguntaba si no le dolía la cicatriz.

En compensación de aquel defecto, Numancia tenía un cuerpo bien esculpido que cultivaba con esmero. Delgada, pero ancha de caderas y con un gran culo, siempre vestía sayas ajustadas, ciñéndose la cintura con cintos de grandes hebillas, «mi cintura de avispa», como ella decía orgullosa. Luego estaban sus inevitables blusas de popelín blanco siempre chorreando encaje por los puños y por el cuello. Y si en la garganta nunca faltaba algún camafeo de fantasía comprado en el *Ten Cent* —preferiblemente con un perfil a relieve de María Antonieta—, tampoco olvidaba bordar a la altura del corazón un monograma negro con sus iniciales: N.A.

A pesar de ser pobre como todos en aquella barriada, era la mujer más elegante en varios kilómetros a la redonda. Tenía modales de marquesa desterrada. Llevaba unos aretes de perla en combinación con unos «yugos» o gemelos de perlitas incrustadas en rectángulos de nácar con los que se cerraba los puños de sus impolutas blusas de mangas largas. En invierno nunca se quitaba de los hombros la triangular estola roja con flecos negros. Se peinaba con una crencha, siempre hacia atrás, y se recogía el pelo —quebradizo como pelusa de maíz— en un moño, encima de la nuca despejada. El moño era un poco al estilo de Katharine Hepburn. Obviamente, Numancia no era lo que se dice bonita, pero sí era muy distinguida, sobre todo en medio de tantos solares llenos de chusmas chancleras.

Joaquín siempre la observaba cuando se acicalaba frente a la luna del escaparate rococó. Se echaba coloretes en las mejillas y se pintaba los labios de rojo. Cuando terminaba de ponerse una redecilla en el moño, solía sacarse en la frente un «buscanovios» que se pegaba sobre la ceja derecha con un dedo ligeramente ensalivado. Un buscanovios como el de Georgia Hale, la novia de Chaplin en *La Quimera del Oro*. O como los que se hacía Imperio Argentina. A ella le divertía sacarse ese rizo ensortijado, como un anzuelo orlando la frente, un anzuelo para pescar hombres.

Ése era su uniforme. O su disfraz. Tenía cuarenta y siete años. Era una mujer antigua, pero no anticuada. Antigua y moderna a la vez, más bien sin

edad, una especie de niña eterna extraviada en la vejez. Sus sueños más secretos tenían que ver con María Antonieta, con las empolvadas torres capilares de la reina, con sus pelucas, sus lazos y sus plumas de avestruz. Soñaba con los aristócratas de Versalles, con las novelas de capa y espada y con los perfumes franceses. Sus palabras favoritas eran «alcurnia» y «abolengo», dos vocablos enigmáticos que nadie entendía en el vecindario y cuyas facultades consideraba tan suyas como la sordera o el labio leporino.

Al arrastrarse hasta la mesa se había desgarrado una media a la altura de la rodilla. ¿Qué hacía una mujer de su linaje en cuatro patas debajo de aquella mesa con mantel de hule a cuadros rojos, una mesa que por debajo estaba llena de telarañas y nidos de cucarachas? Así que repitió su pregunta: «¿Se puede saber a qué viene todo este fandango?».

Polenta no le hizo caso y siguió comiendo. Comparada con aquella hija tan estilizada y tan fina, Polenta era una gorda tetona, como Cesárea. Se había llevado para debajo de la mesa una copa de sidra y una botella de Anís del Mono. Del inmenso bolsillo de su delantal tan pronto sacaba un puñado de dátiles como un racimo de uvas o una filloa más fría que la pata de un muerto. Protegía aquel bolsillo como haría un canguro con su bolsa ventral. La abuela de Joaquín siempre tenía mil escondrijos, no sólo en su habitación, sino en todo su cuerpo: se metía el dinero entre las tetas, o en los muslos, oculto en las ligas de las medias. A veces llevaba monedas incrustadas en el hueco de la oreja, donde también solía ponerse una ramita de albahaca, para perfumarse el pelo.

Diríase que la familia de Joaquín tenía una relación erótica con el dinero. Coliseo también tenía una bolsa llena de monedas que siempre llevaba colgando en la entrepierna. Condenado a vivir errante de hotel en hotel, había optado por ceñirse a la cintura una especie de cíngulo terminado en badajo. Al caminar se oía sonar su tercer testículo tintineante. «Mi banco está aquí —y señalaba para sus huevos—: ¡a ver quién es el cojonúo que se atreve a robarme el tercer cojón!». Su abuela también guardaba níqueles, reales, pesetas y pesos debajo de las baldosas flojas de su dormitorio. Como un mago sacando conejos de la chistera, de pronto extrajo del delantal una tajada de membrillo y se lo ofreció a su hija quien la rechazó con melindres versallescós:

—¿Se puede saber a qué viene tanto fandango, mamá? —insistió Numancia. Como apenas había luz, Polenta sabía que su hija no podría leerle los labios ni descifrar sus gesticulaciones, así que optó por gritarle al oído más o menos lo que antes había oído por televisión.

—Llegaron los antibatistianos —resumió la abuela de Joaquín, pero su voz quedó apagada por el ruido que hacía Cesárea sacando y metiendo gavetas en su chiforrober: «¿Dónde carajo habré metido el recibo de la luz?»—cloqueaba estropajosamente, tambaleándose por toda la sidra que había ingerido.

—¿Qué? —preguntó Numancia frunciendo el ceño.

—¡Los antibatistianos! —se desgañitó Polenta cuando acabó de zamparse un pedazo de turrón regado con el último resto de sidra que quedaba en su copa.

—¿Haitianos? —indagó la modista cariacontecida.

—¡Qué haitianos ni qué ocho cuartos! —refunfuñó Polenta quitándole el corcho a la botella de Anís del Mono. Se recostó contra una pata de la mesa, llenó la copa y le brindó a su hija, quien aceptó un buchito.

«¡Batista, negro cabrón! ¿Cuándo cojones me vas a pagar la pensión?», volvió a resonar a lo largo de la escalera en medio de la balacera que de pronto se reanudó en la calle. Titán empezó a ladrar y la Putica gruñó enseñando los dientes. La Putica era la perra «pequinesa» de Polenta que no era pequinesa ni la cabeza de un guanajo. Más que un chiqueo, el diminutivo era un eufemismo, como quedaba patente cuando la gallega se sulfuraba con el animal. Días atrás la perra se le había escapado en el parque y ella la persiguió gritándole «¡putaaaaa!», pero con tan mala suerte que en ese momento pasaba por allí una negrona que se volvió airada hacia Polenta: «¡Más puta será usted, señora!».

Debajo de la mesa, los dos perros mantenían su coloquio a distancia, cada uno en un extremo, vigilándose. Se llevaban tan mal como Numancia y Coliseo. La madre de Joaquín se encogió de hombros:

—No te oigo bien —le dijo a Polenta haciendo pabellón con la mano en la oreja.

—¡Puñetas! ¡Los antibatistianos! —exclamó la gallega separando a la Putica y a Titán que seguían ladrando por un pedazo de filloa que había caído al suelo.

—¡Qué va, aquí hay demasiada bulla! ¡Esto es de échale guindas al pavo! —dijo Numancia solemnemente mientras se sentaba en el suelo de medio lado, cargando en brazos a Titán, como si fuera un niño de teta.

—¡An- ti- ba- tis- tia- nos! -deletreó Polenta hastiada porque estaba convencida de que su hija era menos sorda de lo que daba a entender.

—¿Tizianos? ¿Titán? - la modista acariciaba al perro que agitaba la cola. ¡Ah... Titán! ¿Qué pasa con Titán?

—¡An-ti-ba-tis-tia-nos... coño! -reiteró Polenta, desesperada.

—¿Antitetánico? Titán no ha mordido a nadie...

—¡An-ti-ba-tis-tia-nos, carajuuuu!

—¡Ahhhh! Titánicos. Duelo de Titanes... ¿El Titanic? ¡Oh, dios mío! —exclamó Numancia alzando de pronto los ojos al cielo, más bien hacia las telarañas que algodonaban la mesa por debajo—. ¡Esta es la última noche del Titanic!